

TEORIA DE LA IMAGEN EN SU FUNCION AUXILIAR DEL PENSAMIENTO (*)

(Conclusión)

10.—UTILLAJE IMAGINATIVO DEL PENSAMIENTO LOGICO Y METAFISICO.

En los puntos anteriores, dedicados a las imágenes de los planos naturalista y matemático, pude comenzar proponiendo algunas palabras que remitían a imágenes características —y, diríamos, propias— de cada uno de ellos. Mas aquí, en este tercer plano o nivel en que se encuentran instalados los pensamientos lógicos y metafísicos, siento la impresión de que no puedo. ¿Es que no existen imágenes características de este plano de pensamientos que les sirvan como de *apoyatura* y *remite*? Parece que eso ocurre, ya que se trata del plano mental que, en un momento dado, denominé "supra-imaginativo". ¿Quiére esto decir que estamos en presencia de una zona o estrato mental de atmósfera tan tenue y purificada que el hombre mienta los pensamientos sin imagen adjunta auxiliar?

En realidad no tanto, como veremos ; pero sí es verdad que las imágenes que vagan por estos parajes mentales, vagan por altiplanicies extrañas a los objetos que ellas directamente representan, por lo que caminan fatigosas y anhelantes como por parajes para ellas inhóspitos. Fatigosas ellas y quien va tras ellas a la caza de su fisonomía, como nosotros ahora. Esto quiere decir que entramos en el punto más difícil de comprender anunciado más arriba. Pero ha llegado el

(*) Véase *Estudios Filosóficos*, 46 (1968), septiembre-diciembre, pp. 471 y ss.

momento de acometer su exposición y no queda más remedio que hacerlo.

La imaginación trabajaba en el plano matemático como en su propia casa; con espontaneidad y connaturalidad. El plano físico no era el suyo propio sino el de los sentidos, pero su funcionamiento en él, aunque extraño, derivaba hacia el fomento de la relajación e indolencia, pues los sentidos mismos le facilitaban la labor y hasta se la ahorran en muchos casos en gran parte. Mas en este tercer plano los sentidos pueden ayudar muy poco a la imaginación y ésta sólo ayuda al pensamiento a costa de superarse a sí misma en virtud de una alta presión y máximo esfuerzo recibidos del entendimiento. Esta presión y esfuerzo se ponen de manifiesto en las peculiaridades de las imágenes que producen, como vamos a ver. Su hallazgo es lo que nos permitirá otear por nosotros mismos el sector que queda por examinar dentro del horizonte de la universalidad del hecho de que no hay pensamiento sin imagen.

Puesto que este tercer grado, como sabemos, está integrado por dos ciencias tan distintas como la lógica y la Metafísica, convendrá exponer por separado, en razón de la claridad, la condición de las imágenes que sirven al modo mental de cada una.

A la Lógica se le atribuye tradicionalmente como objeto el "ser de razón"; a la Metafísica, el "ser real como tal".

A propósito de lo que habrá que detallar después, téngase presente que la Lógica hace abstracción de lo real, de tal modo que su objeto es *otro*, que se cuenta entre los no reales. Mejor dicho: más que *hacer abstracción de lo real* en el sentido de que prescindir y se desinteresa de si lo que considera tiene o no efecto en la realidad, su objeto *excluye de modo positivo* lo real, es decir, excluye no sólo el hecho sino la posibilidad de que su objeto se de en la realidad.

No todo ser de razón es objeto de la Lógica. El ser de razón tiene dos categorías: o es una negación del ser real, o una relación peculiar llamada relación de razón. El ser de razón de que se ocupa la Lógica se encuentra entre las relaciones de razón, porque tampoco se ocupa de todas. La Lógica es una ciencia y, por ello, está pendiente de la verdad; por lo que se ocupa de aquellas relaciones de razón que son modo de saber, es decir, medios o instrumental apropiado para dirigir con seguridad la marcha del entendimiento hacia la obtención de la verdad. Estas relaciones de razón son las referen-

tes a la definición, la división y la argumentación, que son precisamente los tres *modi sciendi* de que hablaban ya los escolásticos (24).

Por su parte, el objeto de la Metafísica es real, pero no precisamente *éste*, el que está al alcance de los sentidos, sino *otro*; significando eso de "otro" algo a lo que es indiferente tener efecto en el ámbito particular de la realidad sensible o en otra realidad distinta que hubiera, pues la Metafísica, en esta consideración de lo real (el ser en general) hace abstracción de sus concreciones o encarnaciones. No excluye, pues, de modo *positivo* las encarnaciones sino que, admitiendo que va incluida su posibilidad en el ser tal como lo considera (25), omite la consideración de las mismas como tales, o sea, *hace abstracción* de su consideración.

Mas al prescindir la Lógica de modo positivo de los objetos de los que los sentidos y la imaginación nos ofrecen muestras, en realidad no se desentiende totalmente de ellos, pues se sirve de ellos como medios para asegurar con su negación su propio objeto, el cual no tiene consistencia propia y sólo persiste su bulto en virtud de la negación de aquellos. El no-ser sólo adquiere consistencia de objetividad como anti-ser, o según decían los escolásticos: "non-ens intelligitur per modum entis", la nada se concibe por comparación con el ser, concretamente, negándolo. Esta es la función metodológica del ser real respecto del ser de razón: ser el punto de referencia para su conceptualización. Lo "otro" (=el ser de razón) es *no-eso*.

Por su parte, la Metafísica, al desinteresarse también de los objetos propios de los sentidos y de la imaginación, los retiene como punto de referencia de la analogía según la cual efectúa sus concep-

(24) La Lógica misma, al ser la teoría general de los *modi sciendi*, viene a ser una especie de *modus sciendi* general. Del ente de razón que es la *negación* del ser real no se ocupa *per se* ningún tratado. De la *nada* como real negación del ser, es decir, como realidad negativa, se ocupa la Metafísica *per accidens*, al ocuparse del ser o realidad positiva.

(25) Y no sólo la posibilidad sino el hecho de la encarnación en el ser sensible, del cual se consta que tiene origen su objeto precisamente por abstracción considerativa. La "encarnación" antes aludida no es, pues, posterior a la "abstracción" sino anterior. Que se dé "encarnación" en *otro* que no sea el ser del mundo sensible (es el tratado de Dios) es algo que sólo le consta no en virtud de la posibilidad encerrada en el ser general, sino en virtud de la urgencia que le presenta precisamente el ser sensible de donde el ser en general mismo es abstraído.

Como se ve, estoy tomando el término "Metafísica" como equivalente de "Ontología", en el sentido que esta palabra tiene como significando el objeto asignado por Aristóteles a su "Filosofía primera".

tuaciones. Lo "otro" (=el ser real como tal) es *no-el-ser-sensible-concreto* y, asimismo, *no-el-ser-imaginable-concreto*. Ambos, sin embargo, están *incluidos* como *concreciones-de-cuya-consideración-ha-prescindido*.

Y aquí se ve que el *subiectum*, el tema que es apoyatura inicial tanto de la conceptuación de la Lógica como de la Metafísica, está constituido por el contenido mismo de las concepciones abstractivas respectivas. O más en concreto: la Lógica es la expresión de un paso más allá de la Matemática; y la Metafísica un paso más allá de la Física. Ambos, dados en salto que efectuándose por vías distintas, terminan en un mismo plano superior. La Metafísica prescinde de las limitaciones de la conceptuación física, pero no de la realidad de lo conceptuado. La Lógica decide la indiferencia de la conceptuación matemática (que desatiende el sentido de realidad o no realidad de su objeto) en el sentido de que niega realidad a lo considerado por sí misma. De modo que los tres grados de abstracción tradicionales, según esto, se pueden y, a mi entender, deben desglosar y articular así:

3° grado :	Metafísica	—	Lógica
2° grado :	—	—	Matemática
1° grado :	Física	—	—

Si uno sabe de "esto" (algo que indica con el dedo) tan sólo que es *un animal*, pero no qué animal (qué especie), tiene una idea vaga (genérica) de ello. Y, como se supone que ello es perceptible por los sentidos (de lo contrario no lo podría indicar), la idea es física.

Si sabe de "esto" sólo que es *un viviente*, sabe menos todavía, tiene una idea más vaga. Pero continúa siendo física por la misma razón.

Si sabe de "esto" sólo que es *una cosa*, algo, sabe lo menos que puede saber. Es el saber más vago e impreciso que puede tener de ello. La idea sigue siendo física ya que al poner como sujeto el pronombre "esto" se está manifestando que de ello se tiene una intuición sensible.

Ahora bien, al predicar de ello que es "una cosa", "algo", se está poniendo también de manifiesto que se tiene una especie de *semi-intuición del ser*, pues si animal, viviente, etc., salen de la distinción efectuada sobre sujeto previo, "algo" no sale de nada previo sino

que se pone en todo y está a la base de todo; es algo que se percibe *en cualquier dato sensible*. Es, pues, importante anotar que de "eso" (de cualquier dato sensible) sabe que es algo (un ser), porque ello quiere decir que en todo objeto de la intuición sensible percibimos el ser (26).

Todo esto permite comprender el punto por donde la imagen se inserta en el pensamiento lógico y metafísico y la condición de tal imagen. La imaginación actúa en el plano de conceptualización lógico y metafísico, porque esta tal conceptualización, como la de los otros planos, es de modalidad abstractiva, que, en resolución, equivale a un "no-eso", e inicialmente a un "no-eso-individual". Y para percibir el "eso" y el "individuo" necesitan intervenir los sentidos o la imaginación o ambos.

La imaginación actúa en el plano de conceptualización lógico y metafísico de modo tenso, por el alejamiento en que se encuentra tal conceptualización respecto a aquélla. La imaginación no actúa por propio impulso e iniciativa sino bajo el imperio del entendimiento que recurre a ella. Y como el objetivo de este recurso es ser ayudado por ella en la conceptualización de este tercer plano, le impone un peculiar modo de imaginización acorde con sus propias necesidades. La imaginación, así presionada, llega a producir, en efecto, imágenes que tienden a espejar en lo posible tales pensamientos superiores ellas. En esta coyuntura comprometida de servicio, las imágenes miran a la vez como a dos puntos distintos: uno, adonde está el objeto *propio* de la imagen, el cual podemos decir que se encuentra de frente y de frente lo mira (objeto que inevitablemente tiene que representar, pues solamente *mediante él* puede representar a otro); otro, adonde se encuentra el objeto lógico o metafísico, *impropio* para ella y que, colocado de lado, lo mira de soslayo, pero que es precisamente para cuya representación se le hace funcionar en este caso (27).

(26) Cf. J. I. DE ALCORTA: *El ser. Pensar trascendental*, Madrid, Edic. Fax, 1961; págs. 258, 259-262, 307 y *passim*.

(27) "Incorporea —dice Santo Tomás de Aquino—, quorum non sunt phantasmata, cognoscuntur a nobis per comparisonem ad corpora sensibilia, quorum sunt phantasmata. Sicut veritatem intelligimus ex consideratione rei circa quam veritatem speculamur; Deum autem, ut Dionysius dicit [*De Div. Nom.*, c. 1; PG 3, 593], cognoscimus ut causam, et per excessum, et per remotionem; alias etiam incorporeas substantias, in statu praesentis vitae, cognoscere non possumus nisi per remotionem, vel aliquam comparisonem ad corporalia. Et ideo cum de huiusmodi aliquid intelligimus, necesse habemus converti ad phantasmata corporum, licet ipsorum non sint phantasmata". I, 84, 7 ad 3.

Podemos distinguir tres clases generales de tales imágenes: 1) simbólicas propiamente tales; 2) esquemáticas; 3) verbales. Como el contenido de la exposición que voy a hacer es muy amplio, aunque lo que diré en los tres apartados que siguen cae, desde el punto de vista lógico, bajo el presente apartado como subdivisiones suyas, lo presento a su lado en gracia a la sencillez expositiva.

11.—EL SIMBOLISMO IMAGINATIVO AL SERVICIO DEL ACTO MENTAL.

La falta de imágenes propias obliga a la imaginación, instigada por el entendimiento, a buscar imágenes impropias, sucedáneas, vicarias, sustitutivas, pero lo más *apropiadas* posibles. De esta condición son las que llamo simbólicas, esquemáticas y verbales. Voy a detenerme ahora en las primeras.

La imagen-símbolo es producto del esfuerzo por imaginar *de alguna manera* lo que propiamente escapa a la imaginación (28). Tal esfuerzo se nota, por ejemplo, cuando se representa la inteligencia por una lechuza, la fe por una matrona con los ojos vendados, la justicia por una balanza y una espada.

Es un esfuerzo imaginativo de carácter "metafórico", pues incita al destinatario —al que proponemos la imagen— a dar un salto desde lo significado propiamente por la imagen que se le ofrece a algo que está más allá, a lo cual remite mediante su representación propia (29).

La imagen simbólica participa, pues, por una parte, del valor plástico de las imágenes propias respecto a su objeto, y, a la vez, del valor metafórico del signo consistente en representar otro objeto ulterior (30).

(28) Una iniciación de bibliografía sobre el "símbolo" puede verse en K. Rahner: *Estudios de Teología*, Madrid, Edic. Taurus, t. IV, 1962, págs. 285-287, en el trabajo de 1959 "Para una teología del símbolo", págs. 283-321.

(29) Uso ahora el término "metafórico" en una acepción general coincidente con su significado etimológico, en cuyo sentido, puede decirse "meta-fórico" todo cuanto tiene la peculiaridad de lanzar al observador más allá de sí mismo, es decir, del objeto a que propiamente remite; prescindiendo de si esta capacidad de lanzamiento se debe a una relación de *semejanza* con ello (que es la relación en que se encuadra la metáfora propiamente dicha), o una relación de *contigüidad*. Al hablar más adelante de las imágenes verbales nos saldrán al paso estas precisiones.

(30) En el significado corriente, lo *simbólico* implica una unión peculiar seleccionada, permanente y en exclusiva —y por ello única— con lo simbolizado,

Estoy hablando de la imagen simbólica en función del pensamiento científico. Tal imagen es muy frecuente también en la poesía (a través de la palabra) y en el arte. Si digo que la mariposa es "una flor que vuela", pronuncio una definición poética de la mariposa de carácter metafórico, y ello precisamente en virtud de que la imagen de la flor es capaz de remitirme (la palabra, en este caso, provoca el hecho del remite) a la mariposa con sólo conceder a la flor la cualidad, que en la definición se da por un hecho —imaginario—, de que vuele (que es cualidad —real— de la mariposa).

Pero ocurre que en la poesía y el arte lo que decide es la imagen, a la que sirve el pensamiento; y esta consideración quedó excluída en las primeras páginas de este escrito, por quedar fuera de nuestro propósito actual.

Por otra parte, es cierto que tanto en la Física como en la Matemática puede uno recurrir a las imágenes simbólicas para auxiliar al pensamiento, mas ello no es una imposición *objetiva* inevitable, sino de libre opción frente a las imágenes propias; cosa distinta de lo que ocurre en el tercer plano del pensamiento, que carece de imágenes propias y obliga a recurrir a las impropias, entre las que se encuentran las simbólicas de que ahora estoy hablando.

Esto no quiere decir, sin embargo, que *subjetivamente* no sea a la persona que piensa una necesidad, en muchas ocasiones, el recurrir a imágenes impropias, tanto en el nivel físico como en el matemático. Ello depende de que esa persona que piensa, en el momento preciso al menos en que se pone a pensar carezca de la imagen propia correspondiente. Aun cuando el objeto sobre que piensa tiene, de suyo, imagen propia, y la persona —en absoluto— la puede conseguir (objetivamente nada se lo impide), sin embargo, quizás tiene imposibilidad subjetiva radical (como el ciego para los colores), o al menos *de hecho* carece de ella.

Por ejemplo: leo en el periódico que acaban de amarrar (lo que he leído es "amerizar", pero no sé por qué, a no ser por simpatía con "aterrizar") esta misma tarde los cosmonautas del "Géminis V" Cooper y Conrad en una zona al sur de las Bermudas. Como resulta que yo no he visto la cápsula, ni a los cosmonautas, ni el mar en la zona

que es lo que constituye la esencia de lo "típico", es decir, lo modélico, lo ejemplar. El símbolo es tipo, modelo, ejemplar, y tiende por ello a ser único. Al hablar aquí de "imágenes simbólicas", las intento despojar de tal estrechez y exclusivismo.

del amaraje, ni nada (31), resulta que en mi representación del complejo de la operación hago intervenir una serie de imágenes, todas las cuales, en una u otra forma son simbólicas en el sentido definido: la cápsula sólo la he visto, parcialmente al menos y sin muchos detalles (no sabría distinguir su imagen de las anteriormente usadas) en fotografía. También he visto solamente en fotografía a los dos cosmonautas, aunque, de hecho (sin salir de la situación en que me encuentro en estos instantes), no sabría por mí mismo atribuir con acierto los nombres a las figuras, y ni siquiera a distinguir las de los otros cosmonautas americanos (por más que para la escena del amaraje no me interesan más detalles y pongo como imagen suficiente la figura vaga del conocido tipo americano). No he visto, sino en fotografía, el mar que cae dentro del perímetro del amaraje, pero lo suplo con la imagen directa que tengo de otras zonas de alta mar que he visto, pues el mar es una de las cosas que tiene su superficie más homogénea en todas sus partes, de modo que quien ha visto una porción lo ha visto todo. Pero, en rigor, la imagen que empleo al pensar en la zona del amaraje no es de ella, propia de ella, sino de otra zona. Tampoco he visto, en fin, personalmente el acto mismo de amaraje ni de un paracaidas, ni de un hidroavión, ni mucho menos de una cápsula espacial. Me la imagino al hilo de la lectura del relato, aprovechando las nociones generales de la caída de los cuerpos en condiciones análogas y aplicándolas al caso, ayudado de los esquemas gráficos que las fuentes informadoras me proporcionan. En total; el conjunto de imágenes que integran la escena son ajenas a ella pero aplicadas a la misma. Y ello debido no a que la escena no tenga (no haya tenido, pues fue un acto pasajero) imagen propia sino a que ella no está (no estuvo) a mi alcance.

(31) Adviértase la enorme cantidad de limitaciones en que se mueve la persona y el aumento de las mismas que va operando la cultura de información. En la medida que el radio de éstas se va alargando, el hombre se ve obligado —por necesidad física subjetiva o personal— a aceptar la información mediante la ayuda de imágenes vicarias. El hombre primitivo e inculto sólo se enteraba, más o menos, de lo que acontecía a su alrededor; de lo que veía con sus propios ojos y oía con sus propios oídos, o, al menos, sucedía en parajes que le eran familiares y fácilmente accesibles. Pensaba, pues, con imágenes propias. Y cuando llegaban a él noticias de lenguas tierras, las poetizaba de tal manera que perdían su realidad vulgar y llana (que en realidad no solía ser vulgar o llana, como la "noticia" de hoy, sino heroica) e, imponiéndose la imaginación, venían a parar en idealizaciones mediante los romances, los cantos de gesta o las narraciones míticas. Y las limitaciones de la persona se extienden a lo largo de las coordenadas espacio y tiempo.

Y como este caso, podrían presentarse mil otros. Y pertinentes a mí y a todos los demás, pues quien no tiene limitaciones en una cosa las tiene en otra. Cada uno va con su escueto medio metro de envergadura —tan poco espacio— y con sus reducidos ochenta años, al máximo, de conciencia —tan poco tiempo— adonde quiera que va. De modo que quien está en un sitio no está en otro y quien es de un tiempo no es de otro. El acervo imaginativo físico personal es reducidísimo comparado con el caudal de imágenes que nos ofrece la Naturaleza. Y ello, no obstante los adelantos actuales de las técnicas telefónicas y televisivas.

Otro ejemplo, esta vez del mundo matemático: se me habla del dodecágono (o polígono de doce lados). Entiendo perfectamente de qué se trata, mas al pensar en él no me sirvo de su imagen propia visual —como hago cuando se me habla del triángulo. Y ello ocurre, no porque no la tenga él —pues la tiene, es decir, me presta fundamento para tenerla yo lo mismo que el triángulo— sino porque no la tengo yo. Debido a ello, acudo a imágenes sustitutivas, cual es la palabra "dodecágono" (de que más adelante hablaré). El hecho de no tenerla yo obedece a una limitación *subjetiva* personal mía. Mas en este caso, el ser mía no quiere decir que sea únicamente mía debido a una situación peculiar en que me encuentre. La situación es mía y de todos los demás. El fenómeno de no tener imagen visual propia del dodecágono afecta por igual a los demás que a mí porque todos nos encontramos en idéntica situación al respecto. De donde, el decir anteriormente que el no tener tal imagen visual obedecía a una limitación subjetiva mía (no objetiva, es decir, del objeto matemático en este caso), no impide que pueda decir ahora, a la vez y precisando más el alcance de esa subjetividad, que se debe a una limitación *objetiva*, entendiendo con esto una limitación de la naturaleza humana. En efecto, no yo por ser yo, sino yo y todos los demás como yo —y todos por ser hombres— padecemos la limitación imaginativa de que hablo (32). Somos de tal condición que nuestro poder imaginativo-intuitivo espontáneo, en cuestión de polígonos, no alcanza más allá del exágono, y con un esfuerzo de entrenamiento podremos potenciarnos hasta la intuición del eptágono o el octógono, pero difícilmente pasaremos este umbral.

(32) Este ejemplo del dodecágono, podría elevarse al del "miriágono" que sería sustancialmente el mismo.

Por lo demás, intentando llevar más adelante todavía el análisis del comportamiento de las imágenes en el mundo de lo físico y de lo matemático, e intentando a la vez precisar lo que dije más atrás acerca del carácter de opción ilbre que tiene el acudir a imágenes simbólicas, no niego que se puedan dar casos en que es forzado recurrir a imágenes *semi-propias* aun en el campo de lo físico y de lo matemático, debido a que el pensamiento de referencia carece de imagen estrictamente propia.

Se habla, por ejemplo, de "continente" en geografía. Si se habla de América, concretamente, entonces sí que *hay* una imagen propia (aunque yo y todo el mundo hasta hoy día no la poseemos —a no ser en los mapas— y hasta sea difícil de poseerla dadas las dimensiones de tal continente). Pero es que se trata de un continente concreto. Mas si hablamos del continente en general, como tal es inimaginable con imagen propia distinta de cada una de los continentes concretos respectivos. Al pensar en lo que es un continente, o me fabrico yo una imagen irreal (un ejemplo imaginado) o me imagino uno de los continentes concretos. Esta imagen digo que es suya a medias o semi-propia, porque en realidad no hay metáfora perfecta o simbolismo imaginativo pleno, pues no me desplazo *de uno a otro* continente sino que partiendo de la imagen de un continente asciendo al continente *del cual* es un caso el que imagino, y por tanto *la* imagen de éste es *una* imagen —en alguna manera— de aquél.

Otro ejemplo tomado del mundo matemático. El tema es el "polígono"; no éste que es un triángulo o el otro que es un pentágono, sino el polígono en general. Si se habla de un polígono concreto: de éste (que es, por ejemplo, un triángulo), de ése (otro triángulo), de aquél (un exágono), cabría tener una imagen visual propia, pues tal polígono (además de ser de hierro, madera, etc., es decir, además de tener materia si tiene realidad física) tendría una forma matemática concreta imaginable en sí misma y por sí misma. Pero el "polígono" como tal carece de imagen visual propia estricta; la única manera de imaginarlo visualmente es verlo en cada una de sus concreciones, como ejemplos que nos ponemos a nosotros mismos. Y eso es lo que en realidad solemos hacer. Al pensar en lo que es un polígono, visualizamos imaginativamente descendiendo a imaginar un triángulo, un exágono, etc. Tal imagen propia del triángulo, del

exágono, no es impropia del polígono sino más bien semi-propia, en sentido semejante al explicado en el anterior ejemplo.

Tanto en uno como en otro, en el mundo físico como en el matemático, se precisa también una gradación de conceptos en sentido de su generalización (dentro de la modalidad de abstracción de la ciencia respectiva en que se mantienen encerrados tales conceptos) que, en lo que se refiere a las repercusiones que tal generalización trae a las imágenes auxiliares, hay que advertir lo siguiente :

1) Mientras menor generalidad tenga el objeto conceptuado, mayor ajuste con él puede presentar la imagen adjunta.

2) Mientras mayor generalidad presente el objeto, menor ajuste puede presentar la imagen adjunta.

Podemos hablar de Blas, muy conocido de nosotros dos de toda la vida. De Blas poseemos una imagen ajustada y exactísima. Ninguna otra imagen de hombre alguno nos tienta a que la confundamos con la suya. La llevamos dentro muy precisa y dondequiera que veamos a Blas lo reconocemos porque tiene una estampa inconfundible y nosotros, que la poseemos a perfección, no nos confundimos.

Pero de Blas podemos decir con verdad que es hombre. ¿Cuál es la imagen de "hombre"? La misma de Blas cuando decimos: Blas es hombre, pues que Blas es un hombre al que conviene la figura de Blas. Pero como ocurre que también podemos decir: Antonio es hombre, pues Antonio es un hombre a quien conviene la figura de Antonio y las de ambos son inconfundibles en sí, nos asalta el problema de cómo van a ser confundibles en "hombre".

La confusión resulta de difuminación de los rasgos característicos de las imágenes de los individuos y conjunción de un mínimo de rasgos residuales típicos. Así configuramos una especie de figura común a cualquier hombre, al ser figura de nadie en concreto (33.)

Podemos decir de Blas que es una clase de animal; también de Antonio. ¿Cuál es la imagen de "animal"? Es un caso semejante al anterior pero elevado en un grado, ya que del hombre mismo po-

(33) Aunque cada persona tiene su figura concreta, como nos consta por la visión inmediata de las personas, la figura de cada persona es imprevisible desde la figura a-personal de hombre, pues, ella, como tal, es expresión de un repertorio nutridísimo de figuras posibles...

demos decir también que es una clase de animal. La imagen de animal es una especie de residuo ulterior y más diluído de las imágenes típicas de hombre, hormiga, elefante, alondra, etc.

Otro paso más hacia la generalización es decir de Blas que es un viviente; paso que nos presenta el problema de un ulterior diluimiento de la imagen en el mismo sentido. Y no es el último paso; pero vamos a dejar de caminar.

Como se ve, persiste la constante del oscurecimiento y difuminación de la imagen al compás de la generalización del concepto.

Fenómeno análogo podemos descubrir en el mundo matemático. Partiendo del isósceles, podemos ascender hacia el acutángulo, el triángulo, el polígono, la superficie, la figura. Partiendo de la espiral, podemos ascender hacia la curva, la línea, la figura. Partiendo del 28, podemos ascender hacia el cardinal, el número.

Más aparte de todos estas precisiones acerca de las imágenes simbólicas en los niveles de conceptualización física y matemática, donde es obligado, inevitable, recurrir a la imagen impropia metafórico-simbólica es en la Metafísica y en la Lógica. Uno y otro son parajes mentales por los que vagan únicamente imágenes tenues, difusas, evanescentes, insinuantes, tráfugas, erráticas, fauna, en fin, de otras latitudes y presiones que vive empobrecida, parásita de esos altos pensamientos.

A veces, tales imágenes aparecerán en comparaciones expresas a que uno recurre como a aparatos ortopédicos que nos ayudan a caminar — o a ayudar a otros a caminar — por las alturas del plano propio de la Metafísica o de la Lógica.

Así, en Metafísica imaginamos el ser como una *magma* del que están empujadas y destacan todas las cosas sin salir de él. Hablamos también de *últimas* causas, del *fondo* de las cosas, de la realidad *fundamental*, de las *alturas* de la Metafísica. Expresiones todas que remiten a imágenes locales. Hablamos asimismo del ser "en sí", expresión fortísima, sintética en extremo, último refugio del esfuerzo expresivo para lograr congelar en una fórmula verbal localizante casi sin sentido la realidad del objeto de mi consideración.

En muchos casos se pondrá en juego la imagen que asoma medrosa en el mismo significado indirecto o marginal que ofrece la etimología de las palabras técnicas de que se hace uso.

En efecto, toda palabra, aun la de significado más sutil y espiritualizado, envuelve en su etimología un remite en que puede hacer presa la imaginación no loca y libre sino orientada y guiada nada menos que por la palabra que es el nombre propio de la idea (a condición de que conste tal etimología, claro está).

Es verdad que las palabras están orientadas de por sí hacia la significación usual (sea vulgar o científica) y dejan de suyo marginada su significación etimológica, de modo que, de no poner el lector un especial empeño en contar con esa significación, le queda oculta e in-útil. Esto es lo que ocurre de ordinario, en efecto, cuando se toman las palabras y las expresiones verbales sin la particular reflexión de que enviste el lenguaje mismo al especialista en Letras. Este, al hablar, se instala, en virtud de la espontaneidad del hábito de su especialidad, en una situación atencional peculiar: atiende a la vez a la significación usual y a la etimológica, esta segunda como abundante hontanar de donde fluyen imágenes que recoge para servicio de la primera.

Con esto se comprende la utilidad que prestan las Letras a la Filosofía, y la exigencia de que el filósofo esté impuesto lo más posible en ellas, dado su alto valor auxiliar para proveerle de imágenes, necesarias no sólo para expresar sus pensamientos a otros sino para pensarlos él mismo. Ocurre que las palabras que significan objetos del plano lógico y metafísico remiten —de modo mediato o inmediato— con su etimología a objetos físicos de los que se ha tomado ella misma en virtud de un fenómeno de traslación de significado que ha seguido el lenguaje, parejo al de la abstracción conceptual.

También hay en ello un justificante general de los recursos que el filósofo hace a las etimologías y del sistema formativo universitario que exige al candidato a la Filosofía el estudio superior —de carácter fundamental al menos— de las Letras clásicas.

Todo ello, repito, permite, entre otras cosas, poner a disposición del filósofo para su empleo oportuno una copiosa fuente de remites garantizados a objetos sensibles e imaginables particularmente enlazados con los altos pensamientos que le son familiares.

Bien impuesto el metafísico en Letras clásicas, al pensar en el "espíritu" la palabra misma le lleva de la mano a imaginarse "viento" (spiritus); si piensa en "Dios", la palabra (Ζεός) le sugiere la luz; si en "sustancia", en algo que está *debajo* (sub-stat); si en "accidente", algo que le ad-viene o *le cae* a la sustancia desde fuera

(ad-cidere). Cuando lee la palabra 'contingente', además de pensar en su noción filosófica, piensa y se imagina el contacto (cum-tangere); cuando lee la palabra 'simplicidad', recibe una llamada al vestido *sin pliegues* (simplicitas); cuando lee la palabra "composición", la misma palabra le sugiere el hecho de *estar juntos* (cum-ponere). Por idéntico camino le lleva la palabra "existencia" a hacerse una composición en que aquello a que se atribuye se lo imagina como permaneciendo *fuera* (ex-sistere); cuando, al hablar de algo dice que "consta" o "consiste" en esto, o que se "constituye" por lo otro, o que su "contenido" es tal o cual, todas estas palabras le permiten sentirse en un ambiente de *quietud* y *reposo* (cum-stare, cum-sistere, cum-stituire, cum-tenere); cuando habla de "relaciones", la palabra le ofrece la apoyatura imaginativa que es la acción de *llevar* de un lado a otro (re-latio), acción que espacialmente puede quedar dentro (in-manens) o salir fuera (trans-iens), y, temporalmente, puede ser ininterrumpida (per-manens) o pasajera (trans-iens). Asimismo, al decir de Dios que es inefable (in-effabilis), infinito (in-finitus), inmutable (in-mutabilis), las palabras nos benefician con las ventajas de los remites a lo negado; y cuando decimos que Dios oye, ve, conoce, ama, decreta, prevé, provee, todos estos términos los usamos mondádolos de las imperfecciones que las acciones del hombre —*imagen* de Dios— tienen.

Los términos *sinónimos* permiten abrir todavía más el radio de las resonancias imaginativas permitiéndonos pasar de una línea de resonancias imaginativas a otra. Así, el "hábito" (moral) nos remite al hábito (corporal) y éste al "traje", es decir, lo que *lleva* a todas partes, lo incorporado (34).

(34) J. ZARAGÜETA, en su libro *El lenguaje y la filosofía*, Madrid, C. S. de I. C., 1945, nos ha proporcionado un minucioso estudio lingüístico en que se patentiza con innumerables ejemplos las múltiples conexiones existentes entre los objetos abstractos expresados por los términos filosóficos y los objetos del dominio sensible, precisamente mediante la casi universal *significación figurada* de tales términos, que incluye, a la vez que el remite al objeto abstracto, otro al objeto material con el que tiene cierta afinidad de contigüidad o de semejanza.

Sobre la significación y simbolización del lenguaje, véase, por ej., F. EBNER: *Das Wort und die geistigen Realitäten*. Ratisbona, 1921; M. URBAN: *Language and Reality*. London 1939; T. T. SEGERSTEDT: *Die Macht des Wortes. Eine Sprachsoziologie* (trad. del sueco). Zürich 1947; M. MEYER: *Symbolgebilde der Sprache*, en "Stud. Gen.", 6 (1953), 195-206; R. BOYLE: *The Natur of Metapher*, en "The Modern Schoolman", 31 (1954), 257-280; B. LIEBRUCKS: *Sprache und Mythos*, en "Konkrete Vernunft. Festschrift E. Rothacker", Bonn 1958, págs. 253-280.

El método conceptualizador y denominador del "ser" —objeto de la Metafísica— es la analogía que es, según define el Dr. Alcorta, el procedimiento de "representar unos objetos con *conceptos* tomados de otros objetos y designar unas realidades con *nombres* impuestos primordialmente a otras realidades" (35).

Y el marco es la trascendentalidad, de la cual goza el ser no solamente "porque rebasa todos los géneros, sino porque penetra en toda realidad hasta sus últimas diferencias, de tal suerte que nada resulta extraño al ser desde su punto de vista supercomprendivo" (36).

Estas son las dos dimensiones que constituyen el ambiente del ser. Ambas colaboran a configurar su concepto, no de silueta clara y distinta recortada en líneas representativas, sino al contrario, "confuso e indeterminado" (37).

A estas peculiaridades mentales también responden otras imaginativas. Respecto a la imagen previa a la formación del concepto (38) advierte el mismo autor: "Para formar la idea imprecisa del

(35) ALCORTA, J. I. DE: *El ser. Pensar trascendental*, Madrid, Edic. Fax, 1961, pág. 252.

(36) Id., *ib.*, pág. 256.

(37) Id., *ib.*, pág. 265. A continuación diseña el concepto de ser así: "Toda determinación de un concepto hecha con trazo preciso es una limitación, y el concepto del ser no aparece tan estrictamente limitado.

El concepto del ser no puede ubicarse como la matemática, dentro de una dialéctica de conceptos claros y distintos. En las matemáticas, un concepto puede ser plenamente delimitado y ser equivalente ajustadamente a su definición. El concepto de ser no es equivalente a ninguna definición posible. Por ello no es susceptible de una definición estricta, sino, a lo sumo, de una mostración. No lo podemos encerrar dentro de una línea precisa definicional, porque su contorno es sumamente indeterminado y flexible. Pero aquí radica justamente su polivalencia maravillosa...

Una definición esencial y perfecta puede descomponerse en sus elementos componentes del género, y la diferencia específica de una manera precisa y exacta. A su vez, se puede recomponer la definición esencial mediante la conjunción de la idea indeterminada del género y la determinativa de su diferencia específica. Esta ambivalencia está regida por el principio de identidad. Pero el concepto del ser no puede identificarse intencionalmente de una manera perfecta con los conceptos particulares de los seres múltiples de los que puede predicarse. La equivalencia del concepto del ser respecto de los seres se expresa por la semejanza que todos ellos tienen en el ser, incluso, en sus desemejanzas. En dirección inversa será posible considerar los seres como fundidos en el concepto del ser que los penetra a todos en el aspecto de su semejanza.

El ser, empero, no es un concepto unívoco que, al ser contrastado a sus inferiores, necesitaría que se verificase en él alguna composición conceptual por fuera del ser" (págs. 265-266. Cf. págs. 290-291).

(38) A la conceptualización del ser se puede pasar desde cualquier dato (Cf. *id.*, *ib.*, págs. 45-59, 218-222 y *passim*), "no sólo a partir de un dato cognoscitivo de orden sensible, sino también de cualquier idea y ante la consideración de cualquier realidad" (págs. 262. *ib.* poco después y págs. 259, 261).

ser, yo no necesito una base sensible determinada, sino que cualquier impresión sensible, por rudimentaria que sea, la represento inteligiblemente como ser. Incluso antes de saber lo que soy, yo sé que soy algo. Y este término de la referencia intencional a la idea de algo se verifica en cualquier percepción sensible, aun la más elemental. En cambio, para la formación de cualquier otra idea se requiere una base sensible determinada, una imagen de tipo concreto desde la cual sea posible elevarse a la idea abstracta. La imagen necesaria para cualquier concepto distinto del concepto de ser es ya determinada y mucho más compleja que un dato sensible cualquiera, a partir de él, puede formar la idea indeterminada de ser" (39).

Respecto a la imagen concomitante del concepto de ser ya obtenido (la cual puede ser la misma originaria que se mantiene) podemos afirmar algo parecido. Debido a la analogía y a la trascendencia, tampoco es determinada y precisa. Toda imagen simbólica le viene corta y lo representa insuficientemente, aunque es suficiente para suscitarlo. Por lo cual podemos decir que el pensamiento del ser sólo tiene una imagen simbólica ocasional, suscitante.

En Lógica y Teoría de la Ciencia hablamos, por ejemplo, de *primeros* principios, con evidente referencia a un orden; de *aprehensión* mental, por referencia a la aprehensión manual; de *concepto*, por comparación con la concepción biológica; de *inferiores* del universal; de pensamientos *profundos*; del *fondo* de la cuestión; de doctrinas *sólidas*.

La palabra "discurrir" nos remite a la corriente de un río (discurrere); "deducir", a trasladar algo de una parte a otra (de-ducere); "concluir", a cerrar con llave (cum-claudere); "definir", a marcar las tornas a un campo (de-finire); "investigar", a seguir la pista (in-vestigare); "especular", a mirar en un espejo (speculare); "considerar", a mirar los astros (cum-siderare); "demostrar", a mostrar una cosa valiéndose de otra (de-monstrare); etc., etc.

Mas no queda con esto completa la exposición referente a las imágenes que he llamado simbólicas. Falta por consignar un punto más. Las imágenes que acabo de citar como ejemplos tienen un alcance restringido dentro de la totalidad del pensamiento; su función es de alcance particular. Pero hay ciertas otras imágenes de

(39) Id., Ib., pág. 258. Cf. págs. 259-262, 307.

una envergadura amplia capaces de cobijar todo un tema o, más aún, todo un sistema mental y, como quien dice, a definirlo imaginariamente, y se las puede encontrar desarrollándose al compás del pensamiento mismo. Son las que podemos llamar *imágenes-guías*. Como tales podemos considerar el *πάντα ψαί* de Heráclito; la teoría de la "materia" y la "forma" de Aristóteles; la "iluminación" intelectual, de San Agustín; el *élan vital* (40) de Bergson; el "perspectivismo" (41) de Ortega y Gasset. Dos autores, éstos últimos, afortunadísimos en ofrecer imágenes portadoras de los pensamientos que quieren proponer al lector.

12.—LOS ESQUEMAS, APOYO IMAGINARIO DEL PENSAMIENTO.

Una de las conclusiones de la encuesta experimental de Binet fue que "toda la lógica del pensamiento escapa al juego de las imágenes" (42). Esta afirmación sería, a mi entender, inaceptable si no la hiciese admisible la explicación previa de la acepción restringida del término "imágenes", acepción que nosotros ya conocemos por lo dicho al principio de estas páginas sobre la escuela de Würzburg. Lo cual quiere decir que, al hablar yo ahora de las que llamo "imágenes esquemáticas", no contradigo necesariamente las observaciones del famoso observador de la escuela de Würzburg.

Otra conclusión, a que han llegado Marbe (43) y Messer (44), concreción de la anterior de Binet, es que el juicio —tanto afirmativo como negativo— podrá tener imágenes de sus elementos, pero ca-

(40) Cf. H. BERGSON: *L'évolution créatrice*. La imaginización va envuelta en el sistema mismo bergsoniano, emparentada estrechamente con su método: la intuición. "Por eso no encontramos en las obras de Bergson ninguna descripción fenomenológica, ninguna demostración, sino imágenes que estimulan la intuición" (BOCHENSKI, I. M.: *Los métodos actuales del pensamiento*, Madrid, Edic. Rialp, 1962, pág. 105). Cosa semejante ocurre en K. Jaspers y en Unamuno. Este afirma que la imaginación es "la facultad más sustancial", y usa la imaginización como método expositivo, desembocando así en la novelización de tipo personalista.

(41) Cf. J. ORTEGA Y GASSET: *El Espectador*.

(42) BINET, A.: *L'étude expérimentale de l'intelligence*, Paris, Schleicher, 1903, p. 309.

(43) MARBE, K.: *Experimentelle Untersuchungen über das Urteil*, Leipzig, Engelmann, 1900.

(44) MESSER, A.: *Untersuchungen über das Denken*, en "Archiv für gesamte Psychologie", 8 (1906), 1-224.

rece de imagen distinta para la relación que establece él mismo entre uno y otro que es en lo que consiste su esencia.

Como en el caso anterior, y por análoga razón, tampoco aquí existe contradicción necesaria entre esta negación de imagen representativa de la relación constitutiva del juicio y mi afirmación de las imágenes que llamo esquemáticas, de las que afirmaré que se reparten de modo particular por el campo de la Lógica (45).

Estas imágenes que llamo esquemáticas son otra clase de imágenes *improprias* del objeto esquematizado en ellas, a las cuales recurre uno en ocasiones bajo la urgencia y presión de los pensamientos del tercer plano de abstracción, sobre todo los pertenecientes al sector de la Lógica.

Al pensar, por ejemplo, en Metafísica, sobre la "prioridad de naturaleza" como tal, la imaginación hilvana a la vera del pensamiento una red de sugerencias de relación de menor contenido y densidad, como la de tiempo, espacio, etc., pero que, efectuando a la vez con precaución la mente sobre ellas todas las salvedades requeridas, le sirven de apoyo imaginativo al efecto.

El tema de la "creación" suscita en torno suyo un enjambre de imágenes difíciles de precisar, pero presentes. Su noción paradójica: "producción de algo desde la nada", provoca en la imaginación una serie de idas y venidas, de quita y pon, alrededor de las producciones que observamos en la Naturaleza, hasta que se llega a estabilizar la noción precisa, sin perjuicio de que aquellos vaivenes se reproduzcan cada vez que se intenta pensar de nuevo en tal tema.

La noción de "eternidad" se nos presenta inevitablemente unida a la de tiempo; y en su imaginización entra el esquema de la duración temporal aunque corregida de tan maravillosa manera que las cosas no pasan sino que permanecen en reposo, sin sucesión.

Véase lo que dice J. Zaragüeta a propósito de la consideración del "ser" en general, objeto de la Metafísica: La conexión de lo pertinente a tal campo de consideración con el campo de la experiencia externa o interna "se hace patente en las denominaciones

(45) Por lo demás, algunos de la misma escuela de Würzburg reconocen que la cuestión del pensamiento sin imágenes no está todavía resuelta. Así BINET, *Ib.*; MESSER, *Ib.*; BÜHLER, y el mismo RIBOT. Cf. M. P. BOVER: *L'étude expérimentale du jugement et de la pensée*, en "Archives de Psychologie", 8 (1908), 10-13. El también opina lo mismo.

significativas de ese mundo últra-empírico, y en las que renace lo empírico y, sobre todo, lo empírico material y físico, o sea el 'esquema imaginativo', como compañero inseparable, ya que no siempre acertado consejero, de la 'razón pura' " (46).

"Por *Ontología* cabe entender la noción y teoría de 'ser' en su sentido más amplio y trascendente, o sea como común denominador de todos los seres, incluyendo en él las 'categorías' predicamentales y predicables, pero no los 'órdenes' de seres materiales, mentales y mixtos. De esta distinción de órdenes se 'prescinde' por 'abstracción' en la *Ontología* —de ahí que se diga en ella que su objeto es el ser 'precisivamente' inmaterial—, pero no hasta el punto de desterrar el simbolismo que a la elaboración de sus nociones comunes aportan, ora el ser material, ora el ser mental, a favor de la afinidad o analogía por semejanza entre ellos existente, y que no impide, antes bien supone, la experiencia de uno y otro; v. gr., la de 'fuerza' o 'energía' material y mental para la elaboración de la noción de 'causa' " (47).

"En cambio, en la *Metafísica* propiamente dicha no se da tal experiencia: nadie la tiene de la 'substancia' y de su íntima estructura, sobre todo en lo material; y, sin embargo, la 'suponemos', no en el sentido de afirmarla hipotéticamente, sino en el etimológico de 'ponerla debajo' de los accidentes. Aquí aparece ya un nuevo tipo de simbolismo o analogía: la 'ultraempírica' del 'fantasma' o 'esquema imaginativo', que se añade a la pura idea racional de substancialidad, y no siempre para favorecer su debida elaboración" (48).

En lo que se refiere a la *Lógica*, cuando el tema mental es el "raciocinio silogístico" se nos suele adelantar la imagen elemental de una flecha volante o trazo dinámico en el que encontramos sugerido que el raciocinio es algo así como un movimiento, un desplazamiento, cuyo origen está en los "principios" y cuyo término está en las "conclusiones". Este esquema elemental, al detallar más la

(46) ZARAGÜETA, J.: *El lenguaje y la filosofía*, Madrid, C. S. de I. C., 1945, pág. 139.

(47) *Id.*, *ib.*, págs. 148-149.

(48) *Id.*, *ib.*, pág. 149. Cf. págs. 150 y 152. Como se puede apreciar, el autor se expresa en terminología que sigue una articulación un tanto diferente de la que yo vengo usando.

naturaleza del silogismo y descubrir que procede por momentos definidos, acaso se nos complique y tienda a transformarse en una línea escalonada con sentido decadente, representativa de cómo la conclusión deriva de los principios. Pero contando con mayores detalles y ejecutando un esfuerzo imaginativo mayor de acomodación, quizás terminemos por abandonar el sistema imaginativo de rectas y nos acojamos a los diagramas de círculos empleados corrientemente por los tratados de Lógica, por considerarlos más apropiados.

Las diversas clases de "oposición de proposiciones" ha cristalizado en el conocido cuadro representativo.

Al hablar de los conceptos "universales" y de su predicabilidad, automáticamente se acude al recurso esquemático de ordenarlos en un casillero imaginariamente preparado al efecto en el que se reservan las casillas más altas para los conceptos proporcionalmente más universales, con cuya ordenación resulta que los que están más arriba son predicables de los que están más abajo y los que se encuentran en la fila ínfima de casillas, naturalmente son predicables sólo de los singulares, y éstos no son predicables en absoluto. A la presencia de esta composición esquemática previa obedece el que en la tradición escolástica se hable de los "*inferiora universalis*".

Al tratar de las clases de "argumentación sofística", encontramos una, llamada "*círculo vicioso*", cuya denominación nos remite abiertamente al círculo como a imagen auxiliar con que se quiere graficar la improcedencia lógica de ciertas argumentaciones que en vez de avanzar se flexionan sobre sí mismas e intentan proceder por "vuelta al principio" (*petitio principii*), como también se las llama; es decir, raciocinios que llamaríamos hoy "de disco rayado".

Otro fenómeno lógico característico que se puede poner como ejemplo es el de la "división". Al utilizar este recurso lógico o al tratar de él, se adelanta como imagen auxiliar monopolizadora el esquema de llaves en forma de alas de gavilán. Es verdad que este recurso imaginativo, tiempo atrás tan empleado en las exposiciones, hoy día está en desuso y los autores al corriente considerarían haber cometido una enormidad ofensiva a la misma investigación en presencia del público si transigiesen en presentar en esquema de llaves la menor distinción que les saliera al paso. Esta actitud es, sin duda, una reacción explicable por el abuso que se hizo de ambos, distinciones y esquemas, tiempos atrás. Mas aunque no lleguen tales lla-

ves a las páginas de los libros, siguen funcionando naturalmente en la cabeza de los pensadores.

Bastan estas muestras de esquemas más descarados para dar a entender el mundo de las imágenes esquemáticas que pululan, reptan o vuelan en compañía del pensamiento con la misión de ayudarnos a pensar con rigor sobre los altos temas de la Metafísica y de la Lógica.

Voy a añadir, sin embargo, unas consideraciones sobre un punto que es muestra típica de la tensión a que pueden elevar a la imaginación cierta clase de pensamientos en cierta manera ultralógicos. Me refiero a las complicaciones que presenta la universalidad de los conceptos análogos, particularmente los de características trascendentales.

La universalidad unívoca permite la fijación de esquemas definidos, claros nítidos. La análoga, al contrario, —si es trascendental sobre todo—, presenta tales complicaciones que el esquema termina por convertirse en una red con tal número de conexiones y retroconexiones —diríamos: de *feedbacks* lógicos— que en vez de orientar pueden producir un enredo tan enmarañado que es muy apropiado para marear y desorientarse.

13.—LAS IMAGENES VERBALES AL SERVICIO DE LA IDEA.

Además de las imágenes simbólicas y esquemáticas, puede acompañar al pensamiento otra clase de imágenes: las verbales. Las palabras, el lenguaje, constituyen también un recurso imaginativo que sabe aprovechar el entendimiento, sobre todo en los casos apurados en que todos los demás recursos imaginativos se quedan atrás por fallo en su eficacia (49).

(49) Véase cómo relaciona RIBOT los tres grados o períodos que reconoce en las operaciones abstractiva y generalizadora (que vienen a ser parejos a los de la escolástica) con la presencia e intervención de la palabra:

"El desarrollo progresivo de estas operaciones del espíritu comprende tres grandes períodos: el de los abstractos inferiores, que preceden a la aparición de la palabra, prescindiendo de ella (no de todo signo); el de los abstractos medios que va acompañado de la palabra, cuya función, al principio accesoria, aumenta poco a poco en importancia; el de los abstractos superiores en que la palabra existe sola en la conciencia y corresponde a una substitución completa" (TH. RIBOT: *La evolución de las ideas generales* (trad.), Madrid, Jorro, 1929, pág. VI).

Al grupo de abstractos inferiores "algunos autores recientes designan con el nombre bien apropiado de *imágenes genéricas*, término que deja traslucir su

El procedimiento de simbolización, tal como quedó descrito, en determinadas ocasiones puede exigir una tensión muy alta, por lo cual resultaría psicológicamente costoso en exceso e insostenible si el hombre tuviese que adoptarlo inevitablemente como constante recurso auxiliar. Algo parecido puede llegar a ocurrir con los esquemas propiamente tales, aunque en momento más tardío. Mas el hombre tiene a su disposición este otro procedimiento más sutil pero más adaptable y eficaz que es la palabra en su función de puro signo del objeto por ella directa y centralmente mentado.

Gracias al recurso a los signos verbales puede la imagen avanzar en su auxilio del pensamiento mucho más allá todavía de donde llegue el resto de las demás imágenes. Donde no llega la simbolización ni el esquematismo, puede llegar la verbalización.

Los signos verbales o palabras son unos elementos maravillosos cuya razón de ser en el mundo es precisamente servir al pensamiento, hacer de auxiliares suyos mediante el procedimiento de su significación. Forman los sistemas que llamamos lenguas o idiomas.

En realidad, las palabras no se limitan a suplir a las imágenes allí donde éstas no pueden llegar ni con su simple presencia propia natural, ni con su tensión simbólica o esquemática. El lenguaje se extiende a todo lo conocido. Cada objeto con que el hombre trata mentalmente tiene su palabra, su nombre (propio o equivalente): Mi vecino se llama "Pepe", mi perro "Pinocho", el ladrillo que está ahí "ese ladrillo" (indicándolo con el dedo), la acción de pasear que será ejecutada por mí en un futuro indefinido, en cuando expresada desde ahora, tiene la palabra "pasearé".

naturaleza interna entre la imagen pura y la noción general propiamente dicha" (Ib. págs. 12-13). Se refiere a la teoría de las imágenes de Galton-Huxley.

Los abstractos medios: "en su grado más bajo, esos conceptos traspasan apenas el nivel de la imagen genérica: se reducen a un esquema vago, del que la palabra es un acompañante casi superfluo. En un grado más alto, los papeles están invertidos; el esquema representativo, cada vez más empobrecido, se desvanece ante la palabra, que pasa en la conciencia al primer plano.

En fin, la tercera clase, la de los conceptos superiores, tiene por marca propia no ser ya representable. Si surge alguna imagen en la conciencia, no auxilia sensiblemente la marcha del pensamiento, y algunas veces la entorpece. Todo se reduce, en apariencia al menos, a la palabra únicamente" (Ib., págs. 13-14).

"Encontramos nuestra materia y nuestras principales fuentes de información: para los abstractos inferiores, en los actos de los animales, de los niños, de los sordomudos no educados; para los abstractos medios, en el desarrollo de las lenguas y en los documentos etnográficos de los pueblos primitivos o semicivilizados; para los abstractos superiores, en la constitución progresiva de las nociones y teorías científicas y de las clasificaciones" (Ib., págs. VI-VII).

Podría pensarse que sobran las palabras de las cosas que tenemos presentes, pues estando éstas presentes no necesitan sustitutos. Pero fácilmente se cae en la cuenta de lo cómodo que es —y hasta necesario— el reducirlas todas a palabras, incluso las presentes, para así mentarlas sin necesidad de salir del sistema verbal; además de que no siempre están presentes las mismas cosas a quien habla debido a que se desplaza de lugar y por otra parte —como el idioma es de muchos— no pueden tener todos las mismas cosas delante y, sin embargo, se puede hablar a lo lejos.

No es extraño que salte en algún lector la duda de que a las palabras se las pueda considerar como imágenes y que no encuentre en ellas nada que lo permita considerarlas como tales. Los mismos psicólogos de la escuela de Würzburg no contaron las palabras entre las imágenes (50). Una de las conclusiones formuladas por Binet dice: "Se puede comprender el significado de una palabra sin representarse nada, es decir, sin tener ninguna imagen" (51).

Parece, en efecto, que hay un fundamento serio para no incluir las entre las imágenes, pues se presenta como obvio decir que las palabras son *signos*, que parecen ser cosa distinta.

Mas, sin negar la relación significativa que une a cada palabra con su idea, y conservando, por tanto, su razón de signo, creo que admite en nuestro caso con tranquilidad la consideración de imagen. Concedo, ciertamente, que las palabras, casi en su totalidad, son imágenes de clase distinta de las hasta ahora estudiadas, pero, al fin, una clase de imágenes (52).

(50) Contrapone BINET imágenes a palabras en *L'étude expérimentale de l'intelligence*, Paris, A. CORTES, 1922, pág. 105 y ss. También RIBOT en la cita de la nota anterior.

(51) BINET, A.: *L'étude expérimentale de l'intelligence*, Paris, Schleicher, 1903, pág. 135.

(52) Esta afirmación necesita unas palabras interpretativas, aclaratorias mirando a la tradición.

Aristóteles, y con él Santo Tomás de Aquino y la tradición aristotélica, en vez de emplear el término "imagen" en este asunto de la función auxiliar de la imagen para el pensamiento, emplean casi siempre el término "fantasma" (*φάντασμα*, phantasma), como se nos hizo patente en la nota primera. Es que el término "imagen" lo reservaban para emplearle en una acepción más estricta que la acepción central que en estas páginas nosotros le venimos atribuyendo.

En aquel sentido tradicional, "imagen" es entendida como una representación sensible que incluye relación de semejanza con el objeto del que es imagen. De donde quedaba margen para representaciones sensibles que no incluyen relación de semejanza con el objeto del que son representaciones, sino otras; por ejemplo, de efecto a causa, de medio a fin, de todo a parte y de parte a todo.

Las palabras no suelen ser imágenes *propias* de los pensamientos por ellas significados o mentados, es verdad, pues su significación es *convencional* y, recíprocamente, la denominación que con ella el pensamiento significado recibe (53). El sonido de la palabra "circunferencia", y sus trazos cuando se la escribe, nada tienen que ver de suyo con la circunferencia que es, sin embargo, lo significado por ella en virtud de la convención lingüística.

Al optar, pues, yo por atribuir razón de imagen a las palabras, admito que mi intención es colocarlas entre las *impropias* en el sentido general definido (54).

Pero en este momento se me impone, evidentemente, definir más, porque dentro de las imágenes consideradas como impropias

Dentro de este segundo sector entraba gran parte de los *signos* (Cf. JUAN DE SANTO TOMAS: *Cursus philosophicus*, Logica, II pars, q. 21, fin). Así, la estatua del jardín es imagen de la persona que representa, y lo mismo la figura del espejo; y a la vez, son signos de ella. Pero el humo es signo del fuego, y el gemido lo es del dolor, mas no son *sus imágenes*. Y toda palabra es signo de la idea que significa, pero no su imagen.

Mas yo puedo representarme *imaginariamente* (es decir, con representación sensible pero no de los sentidos sino de la imaginación) la estatua, la figura del espejo, el humo, el gemido, las palabras, es decir, todas esas clases o variantes de representación sensible, sean imágenes (en el sentido estricto acabado de definir) o no lo sean. Esas *representaciones imaginarias* solían ser llamadas tradicionalmente "fantasmas": En ocasiones, "fantasías". A veces también, "imágenes" en un sentido amplio que intenta ser correlativo de "imaginación". Y de "fantasmas" y "fantasía" (o "imágenes" en este sentido amplio) hablaban Aristóteles y la tradición cuando decían: *Nōsīv oūx ēstiv āveu φαντάσματος* "Non est intelligere sine phantasia". En otras palabras: No funciona el entendimiento sin que a la par funcione la imaginación en su ayuda. Cf. I, 84, 7.

Pues bien, un alcance significativo idéntico a "fantasma" le estoy dando —como se ve— al término "imagen" cuando, traduciendo a términos actuales, digo que "no hay pensamiento sin *imagen*". Quiero decir —y se quiere decir hoy día— que no hay pensamiento sin referencia imaginativa, sea el contenido imaginativo semejanza del contenido mental o no, sino sólo signo y aun éste borroso.

Es verdad que el "phantasma" (=la representación imaginativa) es siempre "*similitudo rei particularis*" (I, 84, 7 ad 2), "*individuum*" (I, 85, 1 ad 3), "*aliquid idolum rei absentis, vel etiam nunquam visae*" (I, 85, 2 ad 3), es decir, del objeto sensible de que se toma o a que se remite; pero, cuando se piensa, además de esa referencia hay otra a lo mentado. Ahora bien; el objeto sensible imaginado puede ser semejanza del mentado o no, pero en ambos casos hoy día lo llamamos "imagen". Actualmente los términos "fantasma" y "fantasía" apuntan a otros cuadrantes significativos impertinentes al caso.

(53) Solamente se da —más o menos— esta propiedad, cuando se trata de la palabra hablada, en las onomatopéyicas; cuando de la escrita, en la escritura ideográfica.

(54) Sólo en el caso extremo de los tratados gramaticales, en los que lo expresado por una determinada palabra es la misma palabra considerada en su materialidad, vuelve a aparecer la razón de propiedad. Así, se puede decir que "amaba" es la imagen verbal propia de la primera persona del singular del pretérito imperfecto de indicativo de la voz activa del verbo "amar".

he considerado las verbales como distintas de las esquemáticas y las simbólicas.

La característica de las imágenes verbales en relación con lo significado por ellas es, pues, que no hay —de suyo— *ni rastro de semejanza alguna* con ello. Media, por tanto, una heterogeneidad total. No se da ni semejanza propia, ni simbólica, ni esquemática siquiera. Ni en el sonido de la palabra "circunferencia" ni en los trazos de su escritura aparece lo significado por ella, que dibujado semeja a una "o". Donde sí aparece ya un rastro de simbolismo de su significado usual es en su significado etimológico "circum-ferentia". Pero ahora no hablo de eso.

Anteriormente ya hablé de las palabras como vehículos de enlace entre el objeto abstracto directamente significado y otro objeto de carácter secundario que suele ir significado al par del anterior y funciona como apoyatura imaginativa. Ahora que hablo de "imágenes verbales" no me refiero a la virtud que suelen tener las palabras de *significarnos* ese objeto adyacente. No se trata de significación, sino de presencia de *la palabra misma en su materialidad*. La palabra misma representada *interiormente* en su estructura literal y silábica tiene valor de imagen.

Consideradas en su materialidad externa, fonética o gráfica, las palabras no son sin más imágenes sino sonidos o trazos. Para pasar a serlo necesitan ser imaginadas, representadas interiormente por alguien. La "imagen verbal" es la palabra *imaginada* (55). Esta observación quizás parezca a alguien una perogrullada, pero la coyuntura expositiva me obliga a hablar así. De todos modos, piénsese que es lo mismo que ocurre con las demás cosas: con las estatuas, nubes, barcos veleros, humo y demás. Todo esto, antes de ser imaginado, y aparte de ello, tiene su ser en la Naturaleza. Para que pasé a ser imagen tiene que ser imaginado por alguien. De manera semejante ocurre con las palabras; aunque no en manera idéntica —como veremos más adelante—, pues éstas no son entes naturales.

Se me objetará que puede concederse que la palabra interior es imagen de la palabra exterior a la que se asemeja, pero que no se ve fundamento para atribuir esa palabra interior que es la "imagen verbal" a un pensamiento determinado —que es de lo que se trata—

(55) Las palabras, consideradas en su realidad exterior (sonidos o trazos) son meros signos, no imágenes. Imaginadas, son esos mismos signos imaginados.

ría— y poder decir que es *suya*, puesto que no se asemeja en manera alguna al significado de la palabra misma (56).

Mas a este reparo puedo contestar: ¿y qué? El postulado tradicional dice que "no se da pensamiento sin imagen", mas no que esa imagen tenga que ser semejante al pensamiento a que acompaña y al que sirve. Tal semejanza es útil, no cabe duda, y deseable, pero no es estrictamente necesaria ni siempre posible. Por otra parte, su carácter de auxiliar no lo exige. Basta con que se dé otra clase de conexión entre imagen y pensamiento, y ésta se da. Conocemos ya el enlace de contigüidad, como el existente entre el humo y el fuego. El humo no se parece al fuego pero está a su lado por ser su efecto. Debido a ello, la imagen del humo ayuda no sólo a pensar en el humo —del que es imagen propia— sino también en el fuego, ya que, por ser su efecto, una vez conocido, es signo natural como el efecto conocido lo puede ser de la causa, es decir, de su presencia.

Pero hay que advertir que si entre el humo conocido y el fuego media una relación de signo natural, no así entre la palabra o imagen verbal de humo y el fuego, ni siquiera entre ella y el humo mismo. De modo que hasta en el terreno de la conexión por contigüidad es la palabra un caso especial. Entre la palabra "humo" y el humo ni se da conexión de semejanza ni siquiera de contigüidad natural alguna. Tampoco entre la imagen verbal (la palabra imaginada) de humo y el humo. Se da, no obstante, una contigüidad convencional: la existente en su función significativa lingüística. Y ello basta para ejercer la palabra ante el pensamiento una labor auxiliar de gran importancia. Su presencia en la imaginación puede tener la virtud de provocar *por inducción* (para-eléctrica) el pensamiento convencional correspondiente. Y la presencia del pensamiento es natural que *suscite* la palabra que lo significa; sobre todo en los casos en que ella puede ejercer función sustitutiva de otras imágenes difíciles de vendimiar. El elemento conexivo que enlaza una "imagen verbal" y un pensamiento —y permite decir que es *suya*— es en este caso precisamente y únicamente la *relación significativa convencional*. La palabra "cruz" puede ser imagen de lo que en dibujo se expresa así +, porque tiene con ello una íntima relación significativa, tan ínti-

(56) Es una observación de TH. RIBOT en *L'évolution des idées générales*, Paris, Alcan, 1897, págs. 127-154. Cf. *Le problème de la pensée sans images et sans mots*, en "Revue Philosophique", 2 (1913), 50-68.

ma que constituye precisamente la razón de existir esa palabra misma. La significación de la palabra es el vehículo que lleva indefectiblemente al hombre desde ella a lo significado por ella, a pesar de no existir entre ellos semejanza alguna.

Un último reparo que considero se puede hacer a la función auxiliar de las palabras como "imágenes verbales" es que ellas son posteriores al pensamiento, y, por tanto, en los casos en que sólo haya tales imágenes, en realidad el pensamiento ha existido un instante al menos sin imagen (57).

Es verdad que las palabras son productos del pensamiento; no son ni fauna ni flora de la Naturaleza. Las palabras son unos entes artificiales. Y si llegan a existir en la Naturaleza (como sonidos y grafismos) es en virtud de una materialización obrada por el pensamiento rector e imperante. Más aún, antes de la palabra materializada en sonidos y grafismos está, además del pensamiento, la imaginación creadora, aunque ésta después de él, es decir, funcionando a las órdenes del pensamiento mismo.

Ahora bien, todo esto es verdad refiriéndonos al origen del lenguaje, si no al origen histórico del mismo (que es tema oscuro), sí al menos refiriéndonos a las nuevas palabras que se van creando e incorporando al diccionario. En estos casos, primero es el pensamiento, este presiona a la imaginación lingüística y ambos producen el término verbal.

Pero ocurre que la producción o creación de un término no es su uso sino una operación previa a él. Y aquí no se trata de la creación de las palabras sino de su uso. Ahora bien; en su uso ya se supone a la palabra existente, creada y además aprendida.

Se dirá que precisamente aquí está la clave, pues cabe olvido, el cual provoca la búsqueda de esa palabra olvidada.

En efecto, es vulgar la situación, en que todos nos hemos encontrado más de una vez, de buscar una palabra olvidada, después de poseer ya con toda claridad el objeto, y la palabra no llegarnos aun cuando por otra parte como que sentimos la sensación de estar

(57) Es la objeción de Binet a W. James quien decía que a veces las palabras sustituyen a las imágenes ausentes (*The Principles of Psychology*, New York, MacMillan, 1901, I, 265, II, 58). Binet arguye que esto es imposible porque "la pensée doit nécessairement précéder le mot" o imagen verbal interior (*L'étude expérimentale de l'intelligence*, Paris, A. CORTES, 1922, pág. 106). No obstante, confiesa que es "question délicate entre toutes; je ne me flatte pas d'avoir trouvé une solution précise" (Ib., pág. 107).

muy cerca, como quien dice, tenerla ya en la punta de la lengua. Un pensamiento que ya tenemos y aflora en la superficie de la conciencia nos empuja a buscar, es decir, a sacar a la superficie una palabra que también tenemos pero que permanece en el fondo.

Todo esto es verdad. Mas estos casos no invalidan, por lo pronto, otros que se dan a la inversa. Casos en que se espera o se busca positivamente la palabra precisamente para que nos suscite el pensamiento que deseamos, pues tomamos la palabra como *medium* mnemotécnico al efecto. En estos casos el pensamiento que conseguimos con el éxito de tal búsqueda no es anterior sino posterior a la palabra que hizo de medio. Cosa semejante ocurre cuando leemos y oímos. En tales circunstancias, nuestro pensamiento va desarrollándose al filo de las palabras, detrás de ellas, suscitado por ellas. No parece, pues, necesario que todo pensamiento haya de preceder en la conciencia a su imagen verbal interior.

Los casos más clamorosos de precedencia del pensamiento respecto a su palabra son, a lo que entiendo, los que se refieren a realidades concretas y a sus respectivos nombres propios. ¡Cuántas veces me ha ocurrido a mí —desmemoriado— tener delante a una persona conocidísima y no acordarme cómo se llama, hacer unos esfuerzos supremos para lograrlo y no conseguirlo sino tarde! Pero esto no plantea problema general alguno a la tesis de que a todo pensamiento acompaña una imagen, pues si es evidente que se da en tales casos pensamiento sin palabra, también es evidente que no se da sin imagen. La que crearía problema sería la situación en la cual se tuviese un pensamiento que, precediendo de hecho a su imagen verbal, no le acompañase ninguna otra imagen. Los casos que, a lo que se prevé, se prestan más a dar la razón al reparo sobre el que estoy hablando son los que se refieren a objetos que habitan en el techo de la abstracción (lógicos y metafísicos). Ahora bien, sobre éstos que no son capaces de llevar consigo otra imagen que la palabra —supongamos al menos— cabe preguntar si les es dado ascender a la superficie de la conciencia sin llevar adjunta palabra ninguna. Es un tema particular verdaderamente muy difícil de decidir, pero que, a mi entender, exige hacerlo en el sentido de que de no haber imagen verbal tampoco habrá pensamiento. Más adelante me detendré sobre el tema.

Este sería el momento oportuno para exponer los resultados de una supuesta encuesta sobre el porcentaje de individuos que acude

espontáneamente a ayudarse de las imágenes verbales y los que acuden a las de otras clases (propias, simbólicas, esquemáticas).

Aunque no he efectuado tal encuesta o experimento, hablando apoyado en datos generales y nociones comunes a este tema psicológico, creo que se pueden formular ciertas afirmaciones generales sin exponerse demasiado a error.

Sin contar ahora con estos determinantes psicológicos particulares que se interponen de hecho, puedo decir lo siguiente: Cuando yo pienso sobre círculos o sobre manzanas, puedo pensar apoyado en la figura del círculo y de la manzana o en las palabras "círculo" y "manzana" o en ambas a la vez. Si en la figura, la función auxiliar de la palabra en la operación mental queda anulada —o casi— por aquélla y sólo la utilizo para expresar a otro de qué se trata, en vez de indicarle con el dedo el objeto mismo. En este caso, la palabra significa inmediatamente la figura del objeto o la imagen correspondiente que yo tengo en la imaginación.

En casos como éste, en que el objeto brinda imagen plástica esplendorosa, uno no puede buscar apoyo en la palabra ladeando la imagen, pues ésta triunfa sobre aquélla. Cuando pienso sobre una cantidad aritmética, puedo yo apoyarme o en la cifra o en la palabra. Es natural apoyarse en la cifra si lo que se pretende efectuar con ella es alguna operación aritmética, pues no procede operar con palabras sino con cifras, porque para eso se inventaron, para suplir la ineptitud de las palabras para tal operación (58).

En otras ocasiones, por ejemplo si estoy efectuando una narración; el contexto mismo verbal será como una predisposición que me inclinará a la palabra en vez de a la cifra, pues no se narra con cifras sino con palabras (59).

Pero ocurre también que hay circunstancias o temas en los que, por una dificultad más o menos difícil de superar o por una necesidad absolutamente ineludible, uno se ve obligado a recurrir a las pa-

(58) Adviértase que nuestras cifras sólo tienen figura especial en el orden de la escritura. En el de la pronunciación son palabras como las demás.

(59) Por lo demás, cuando de lo que se trata no es de la relación entre la imagen (cifra o palabra) que yo utilizo con mi pensamiento sino de la relación entre la imagen que yo utilizo y el pensamiento del otro, si la narración es hablada, es natural que el único medio comunicativo que tengo a mano es la palabra, pues las cifras, como acabo de anotar, tienen valor gráfico solamente. Pero esta relación es accidental a nuestro caso.

labras (o a las cifras) para auxiliar al acto mental, relegando las demás clases de imágenes como completamente inútiles para el caso.

Muestras de esta situación se pueden encontrar ya en el mundo del pensamiento físico y del matemático; pero mucho más en el metafísico y lógico (60).

Comenzaré por poner un ejemplo de tema del plano físico. Un naturalista va a pronunciar una conferencia sobre los saurios. Sé —partamos del supuesto— que los saurios son unos animales, pero nada más. Antes de comenzar la conferencia alguien me pregunta de qué va a hablar. Contesto: de los saurios. ¿Qué imagen hay en mi cabeza? Bailotea sugerente toda la imaginaria zoológica de que puedo disponer, pero sólo tiene un valor de proposición; en el fondo no hago caso de ella. Me quedo con que hablará de animales cuya imagen plástica *propia* desconozco y sólo sé que se llaman "saurios"; éste es su nombre.

Si el caso real es que yo no sé de los "saurios" nada, ni siquiera que son unos animales, mi situación es perplejísima porque sé que se va a tratar de algo en lo que cabe plural (el anuncio verbal me lo indica) pero las bandadas de imágenes de los tres reinos de la creación que se alzan ante mi imaginación permanece en revoloteo nervioso y no logra posarse ninguna de ellas.

En parte se comprende esta situación imaginativa porque no sé en concreto de qué se va a hablar; es natural que no sepa qué imaginar. Pero el caso es que yo sé que se va a hablar *de unas cosas que se llaman saurios*. ¿Qué imagen hay en mi cabeza correspondiente a esta situación concreta aunque gaseosa? Fija y decidida, solamente la palabra "saurios".

Otro ejemplo tomado del mundo matemático: el famoso "mirriágono". Cuando pensamos en un triángulo, espontáneamente relegamos la palabra correspondiente y se pega nuestra imaginación a la figura o imagen plástica del objeto. Es que tiene la ventaja de ser de una elemental intuición. No añade dificultad especial el cuadrado; como tampoco el pentágono. Para apreciar intuitivamente un exágono de modo que se le logre distinguir a simple vista

(60) Ribot, en su libro ya citado *La evolución de las ideas generales* (trad.), Madrid, Jorro, 1929, somete a largo examen los conceptos siguientes: número (págs. 195-208), especie (209-224), tiempo (225-253), causa (255-275), ley (277-287), especie (291-306), a los que hace pasar por los tres periodos de la abstracción que él previamente estableció, como hemos visto.

(es decir, sin contar los lados) del pentágono y del eptágono, ya se necesita un especial aunque pequeño esfuerzo y entreno. El eptágono y el optógono ya no somos capaces de identificarles sino después de mucho ejercicio visual. Pues bien, para el miriágono (polígono de diez mil lados) podemos decir que ya no hay ejercicio que valga, su eficacia se ha quedado muy atrás. En casos como éste se nos escapa la imagen propia intuitiva con mucho.

¿Qué pasa entonces? Muy sencillo: espontáneamente la misma dificultad nos empuja a abandonar tal recurso como inútil y... Aquí podría pensarse que desembocamos en lo que la escuela de Würzburg creyó haber encontrado: al pensamiento *sin imagen*. Mas no hay tal. Lo que ocurre es que, como en los pensamientos, también hay una especie de escalafón o grados en las imágenes, según el cual éstas se van afinando en sentido ascendente. Y el hombre, agotado un recurso como inútil..., recurre a otro. ¿A cuál? A la palabra respectiva.

Cosa semejante ocurre con los números. Estos son expresables gráficamente en palabras o en cifras, como ya sabemos. La cifra 3 resulta muy clara (61) pues su simple presentación visual o imaginaria nos permite representarnos también imaginariamente la pluralidad que ella representa (62). Ante el 3 reacciona nuestra imaginación desintegrándolo al fin en unidades así: 1 1 1, unidades que logramos percibir de un vistazo imaginativo. Así es como nuestra imaginación (espoleada por el entendimiento) descifra la cifra 3 y con ello la esclarece. La cifra 4 ya presenta algo más de complicación (63), aunque todavía su análisis es de alcance intuitivo.. Pero en las cifras siguientes a él ya perdemos contacto con la intuición, y el análisis de la pluralidad se diluye en una verdadera enumeración de suma. El conjunto 11111111 solamente sabemos que es 8 en virtud de que contamos las unidades, no en virtud del vistazo (64).

(61) No tanto como la cifra romana correspondiente que, en este caso, nos presenta el número ya completamente descifrado: III.

(62) Prescindiendo del origen simbólico-histórico de las cifras que, aunque real, no interviene en nuestra actividad imaginativa provocada por ellas, ya que la mayoría no tenemos ni noticia de tal origen.

(63) Tal complicación aparece en la numeración romana, en la que en vez de escribir IIII solían escribir IV, donde la cifra V permanece por descifrar intuitivamente.

(64) Como se ve, ocurre algo semejante a lo de los polígonos de que hablé anteriormente, aunque el paralelismo sólo se da entre la pluralidad de lados (polígono) y la pluralidad de palos (poliglifo) intuitibles. Las cifras no entran en el paralelismo pues no encierran semejanza con el objeto. Están encuadradas dentro de los signos convencionales, junto con las palabras, como digo en el texto.

Si en vez de tratarse de un octoglifo (conjunto de ocho palotes en aposición) se tratase de un miriaglifo, la imposibilidad de intuición sería tan elevada que los únicos recursos imaginativos que nos quedan al referirnos a tal número como tal son la cifra y la palabra que le corresponden, es decir, signos que lo expresan.

Si ahora queremos continuar el examen comparativo de la función auxiliar que pueden prestarnos las cifras y las palabras correspondientes en estos casos extremos en que son, al parecer, las únicas imágenes utilizables, podría precisarse en general lo siguiente: La cifra (v. gr. : 8 ptas.) significa de modo inmediato el número. La palabra también expresa de modo inmediato el número (v. gr. : ocho ptas.); mas en ocasiones se la puede usar también para expresar la cifra misma (v. gr. : esto —y se indica con el dedo la cifra 8— es un ocho), como si se tratase de un objeto más. Por esto, la palabra puede suplir a la cifra pero no la cifra a la palabra (65) en sentido de auxiliar explicativo.

También en el campo de la Lógica y de la Metafísica se encuentran situaciones en que la actividad imaginativa acompañante del pensamiento se aglutina alrededor de la imagen verbal. Esta situación se da principalmente en los casos de palabras abstractas cuya etimología y evolución semántica se ignora, con lo cual se tienen cerrados dos portillos por donde podrían introducirse muchas imágenes pertinentes.

Las palabras, en su materialidad, son el material con que se constituye el mundo de la Gramática y disciplinas afines.

En más de una ocasión se ha visto asomar en la mente de los pensadores la idea del fuerte influjo que ejerce la lengua en filosofía, los sistemas lingüísticos en los sistemas filosóficos. Y algunos han llegado al extremo de opinar a favor de la reducción de la filosofía a pura filología.

Prescindiendo de este extremo, no cabe duda de que el lenguaje ejerce una gran influencia en el pensamiento filosófico. "El lenguaje juega un papel decisivo en el conocer humano (entre otras cosas, porque el conocer está condicionado por lo social, es decir, por lo

(65) A no ser *per accidens*, pues como las cifras que usamos son interidiomáticas, una cifra puede ser medio para explicar a otro una palabra de lengua extranjera que desconoce.

que otros hombres conocieron y se nos transmite a través del lenguaje)" (66). "La ciencia es una obra social que sólo mediante el trabajo colectivo puede cristalizar en realidad. Este trabajo colectivo requiere la comunicación del saber, posible a través de los signos: palabras habladas y escritas. Las palabras no son, pues, algo accesorio, sino un medio esencial de la ciencia" (67).

Es particularmente necesario en los estratos mentales superiores: el lógico y el metafísico, donde el enrarecimiento imaginativo y los procedimientos mentales mismos hacen completamente imprescindible hasta el uso *técnico* (y su previa creación) del lenguaje (68).

En estos parajes, en efecto, suele llevar pegada a su flanco la palabra, preferentemente técnica; y a ella recurre el científico como a un asidero salva-pensamientos. Se comprende lo uno y lo otro porque la palabra viene a ser una especie de pensamiento cristalizado, materializado; sobre todo si está sobrepotenciada con el valor técnico de un sistema terminológico propio. Tal imagen se brinda a sí misma como el recurso imaginativo de más fácil alcance y manejo y, por otra parte, más ajustado al pensamiento.

Claro que esto significa reducir el funcionamiento auxiliar de la imagen al mínimo, empobrecer el caudal imaginativo auxiliar hasta el extremo, ya que la palabra y la frase, en sí, son monótonas, lineales, y no ofrecen ningún espectáculo extramental atrayente y divertido, pero es que el especialista, concentrado en el pensamiento, no busca espectacularidad ni solaz y no necesita más que una leve apoyatura imaginativa, unida lo más íntimamente posible al pensamiento cual ocurre con las palabras, las cuales lo están por su significación.

(66) BOCHENSKI, I. M.: *Los métodos actuales del pensamiento* (trad.), Madrid, Edic. Rialp, 1962, págs. 25.

(67) Id., *ib.*, pág. 72.

(68) Cf. Id., *ib.*, págs. 25, 69, 89-90. Los neo-positivistas han blandido la nueva técnica lingüística contra la filosofía. Evidentemente, han ido demasiado lejos. "Sin embargo, sus ataques han contribuido a que se tenga ya clara conciencia de que un lenguaje poético únicamente puede usarse con mucha precaución para comunicar ideas científicas, ya que con suma facilidad oculta un no-sentido sintáctico. Por lo cual el análisis del sentido sintáctico tiene actualmente mayor importancia en filosofía que la tuvo en los siglos pasados" (Id., *ib.*, pág. 102). Cf. J. M. CARRERAS, S. J.: *Lógica del lenguaje y metafísica*, en "Pensamiento", 21 (1965), 293-323.

Un síntoma de lo mimada que es la terminología por el científico es el apego que le suele tener y el esmero con que busca la "palabrita", el término exacto.

Páginas atrás interrumpí, por innecesario, un proceso que ahora es oportuno continuar. Dije de Blas que sabíamos que era hombre animal y viviente. Y la imagen típica de cada uno de estos predicados se iba envaguedando y enrareciendo a medida que se iba elevando en grados la generalidad de cada concepto, pues resultaba ser como el residuo del expolio de la anterior.

Por este camino llegamos al ser y, con ello, a un nivel en que la vaguedad e imprecisión de los conceptos y de las imágenes es máxima. Nada se puede contraponer a nada de manera tajante y sin reservas u observaciones marginales aclaratorias que nunca parecen terminar.

Por esta atmósfera discurre la Metafísica. Estamos en plena zona de la analogía y de la transcendencia conceptuales ya descritas al hablar de las imágenes simbólicas. ¿Qué mejor que acudir a las palabras, que son trasuntos de los conceptos? Al par de lo escurrecido y deslizante del concepto del ser, he ahí la palabra "ser". Es cierto que ella, a su vez, presenta una cierta significación abigarrada, pues como observó Aristóteles mismo, "el ser *se dice* de muchas maneras" (69), mas a través de ella permanece su cuerpo inconfundible con ninguna otra palabra y reservado para remitir el entendimiento al determinado concepto que expresa. Y a través de ella, hacia él puede volver siempre como a un punto de partida bajo la fórmula: entendemos con el nombre "ser"...

Otro caso de recurso —y éste obligado— al nombre lo tenemos en el tema de Dios. La prueba de su existencia se inicia con un remite a su nombre: entendemos con el nombre de "Dios"... (70). Y a los nombres de estas cosas que tenemos delante recurrimos, —como ya quedó advertido— por necesidad para nombrar cuanto a Dios se refiere, aunque mondándolos de las imperfecciones inherentes a su significación y encareciéndola.

Las palabras son las destinadas a imaginizar a su modo (su modo es la estructuración gramatical) hasta las imposibilidades ima-

(69) ARISTÓTELES: *Met.*, IV,2; 1003 a 34. Cf. VI,2; 1026 a 23. VII,1; 1028 a 10. IX, 10; 1051 a 34.

70) SANTO TOMÁS: I, 2 ad 2. Cf. I, 13, 8 corp. et ad 2.

ginativas. Se da el imposible imaginativo, es decir, lo que no puede ser imaginado, el ser imaginariamente imposible. Es conocido el dicho: "Medias al revés, medias otra vez". La operación a que alude es, además de imaginable, factible. Lo mismo que las medias, cabe imaginar un tubo al revés. Asimismo, un espejo cóncavo al revés, resulta ser un espejo convexo. Pero hay objetos que son imposibles hasta a la imaginación. Tal, por ejemplo, "la esfera al revés". No se trata de volver al revés un globo en el sentido de volverle al revés su piel, con lo cual quedaría globo otra vez. Tampoco se trata de dividir la naranja en secciones meridianas y después abrirla en flor, pues en tal caso no se pone al revés sino que se la destruye. De lo que se trata es de que, a la esfera, que en su rotundidad es convexa por doquier, se la vuelva cóncava por doquier. Comprendo que el lector, al intentar imaginar tal efecto sienta una imposibilidad desazonadora. Pues bien, esta misma imposibilidad la expresamos precisamente con la fórmula verbal con que se enuncia: "esfera al revés". Donde hay incompatibilidad ontológica, cabe, no obstante, compatibilidad gramatical.

En lo que se refiere a la Lógica, dice Bochenski: "Según ciertas escuelas filosóficas, v. gr., el positivismo, la lógica y el análisis del lenguaje son una misma cosa" (71). "Aunque no tenemos este punto de vista extremo —sigue diciendo el mismo autor—, creemos que no siempre es fácil distinguir los dos campos. Ya Aristóteles incluyó su semiótica (los cinco primeros capítulos del tratado *De la Enunciación*) en la lógica. La diferenciación de ambas desde un punto de vista metodológico y al margen de toda actitud filosófica supuesta, será siempre bastante arbitraria y hasta cierto punto relativa" (72).

El discurso suele ser representado como un "hilo", pero, de hecho, difícilmente descenderá su grosor por debajo de la línea que forman las palabras que son las imágenes a que acuden los que en la operación de pensar hilan más delgado. El discurso mental en tales personas suele ir inducido sobre el cordón verbal. Al flanco de los conceptos están los términos; junto a los juicios, las proposiciones; y al par de los raciocinios, las argumentaciones.

(71) BOCHENSKI, I. M.: *Los métodos actuales del pensamiento* (trad.), Madrid, Edic. Rialp, 1962, pág. 70.

(72) Id., *Ib.*, pág. 70.

Finalmente, puede ocurrir que la imagen verbal hasta llegue a colocarse por debajo del nivel de representación consciente y auxilie al pensamiento bajo la humilde función de *elemento motor desatendido*. Porque, aun cuando el behaviorismo rígido, que reduce el pensar al hablar (73), sea una exageración, es muy valiosa y aprovechable la observación del hecho muy frecuente —si no universal— de que cuando se piensa se habla (se articula palabras al menos para sí mismo) aunque ello no sea apreciable en muchas ocasiones a la simple observación, ni siquiera a la propia.

¿El hecho de este cripto-lenguaje estará rigurosamente emparentado con la ausencia de cualquier otra clase de imágenes, de modo que sin excepción se lo encuentra cuando éstas faltan? Ello constituiría el caso más sutil en el conjunto de modos como la imagen acompaña al pensamiento, pero a la vez vendría a dar la última precisión al viejo convencimiento de que "no se da pensamiento sin imagen".

14.—CONSIDERACIONES FINALES DE RECAPITULACION DE LO EXPUESTO

Aunque es verdad que a todo pensamiento acompaña una imagen como auxiliar, esto sólo llega a alcanzar una especie de claridad semi-experimental en momentos como éste en que nos encontramos, es decir, a la altura a que nos coloca un ensayo de presentación sistemática de la gran variedad morfológica que puede presentar la imagen al servicio del pensamiento.

En las páginas que anteceden no me he propuesto exponer los resultados de mi supuesto laboratorio psicológico en el que haya sometido a examen riguroso todos y cada uno de los actos mentales que el hombre ha efectuado y puede efectuar, pues ello es un despropósito no sólo en mi supuesto laboratorio sino en cualquier laboratorio real.

Tampoco me he propuesto dar a conocer los resultados de un supuesto elevado número de casos examinados por mí, capaz de ser considerado como material bastante para poder tirar la raya y sacar la suma de una inducción no completa pero sí suficiente.

(73) Lo interpreta como *vocalización tácita*.

Simplemente me he propuesto —como declaré al principio— ofrecer un cuadro de la diversidad fenomenológica con que puede presentarse la imagen auxiliar del pensamiento, con el fin ulterior de hacer comprender la amplitud que puede tener la afirmación de que no hay pensamiento sin imagen y así no caer en el peligro de interpretarlo de modo demasiado estrecho y proclamar que en algún caso se ha encontrado un pensamiento sin imagen.

Contando con la variedad de imágenes descubierta en el análisis fenomenológico de este ensayo, creo se puede tener la seguridad de que nadie nos presentará un caso de actividad mental sin actividad imaginativa adjunta. Por de pronto, los resultados en tal sentido anunciados por la escuela de Würzburg quedan superados debido a ser un caso de interpretación estrecha de la imagen; lo cual repercute en el valor de los mismos resultados: hallaron pensamientos sin *ciertas* imágenes, pero no sin otras que ellos comenzaron por no llamar imágenes.

El predominio de unas formas imaginativas sobre otras suele seguir a la presencia de pensamientos de un determinado nivel mental.

Hay pensamientos de más bajo y de más alto nivel; y por ello, más cercanos o más lejanos del nivel nativo de las imágenes; y, en la misma proporción, de menores o mayores exigencias sobre ellas.

Hay imágenes, consideradas en cuanto funcionan al servicio de tales pensamientos, que se presentan a la vista de modo descarado; otras con más moderado semblante y recato; otras, en fin, son huidizas y difíciles de sorprender en su ser, por lo que fácilmente pueden pasar sin ser vistas por quien, limitándose al vistazo, no escudriña los matices sutiles del panorama mental lo detenida y atentamente que sería menester para ser beneficiado con el hallazgo de la imagen adjunta, existente pero disimulada, disfrazada o latente por completo.